

# Las transformaciones de la militancia revolucionaria en El Salvador y Nicaragua

Por *Kristina* PIRKER\*

**E**STE ARTÍCULO PRESENTA las reflexiones conceptuales y metodológicas de una investigación sobre la repercusión que los movimientos revolucionarios de Nicaragua y El Salvador de las décadas de 1970 y 1980 tienen hoy día en las prácticas de participación y representación política de sus respectivas sociedades. Un punto de entrada interesante para abordar esta problemática resultó el análisis de historias de vida de colaboradores y militantes de dichos movimientos. A través de sus trayectorias políticas se reconstruyeron tanto el sentido que ellos mismos atribuyeron a su participación en los procesos de movilización y radicalización política como las estrategias por medio de las cuales se “reinventaron” como actores sociales y sujetos políticos en los contextos de desmilitarización y ampliación del sistema político en la década de 1990.

Sin embargo, para estudiar al agente social y sus estrategias dentro de las redes de sociabilidad que los articulan con la organización y los procesos sociohistóricos fue necesario construir una perspectiva analítica que trascendiera tanto los enfoques teóricos que insisten en las rupturas entre nuevas y viejas modalidades de participación y representación (por ejemplo la diferenciación entre vieja y nueva izquierda), como los análisis institucionales de movimientos y partidos de izquierda propios de la ciencia política. Para presentar esta perspectiva, el artículo se divide en tres apartados: en el primero argumento por qué la diferenciación entre “viejo” y “nuevo” constituye, a mi juicio, un lente oscuro para estudiar las transformaciones y conflictos en las izquierdas después de 1990. En el segundo presento la perspectiva que me ha permitido analizar las transformaciones de la política de la izquierda a partir de la conceptualización de la militancia como práctica social que, al impulsar proyectos partidistas y movilizar a simpatizantes, construye un espacio propio —el campo mili-

---

\*Becaria del Programa de Becas Posdoctorales de la Universidad Nacional Autónoma de México, adscrita al Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe; profesora del Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad; e-mail: <kristina\_pirker@yahoo.com.mx>.

tante— en el cual se articulan dinámicas del campo político con las de diversos mundos sociales (el barrio, el lugar de trabajo, la Universidad etc.). En el tercer apartado muestro las posibilidades que ofrece una perspectiva que recupera la visión y las acciones de los actores sin desconocer las restricciones de las estructuras de poder, para (re)pensar la reproducción y el cambio de prácticas e instituciones de participación social y política.

### *Nuevas y viejas izquierdas en Centroamérica*

MUCHO se ha escrito sobre las nuevas izquierdas en América Latina, su origen y trayectoria, así como las estrategias que desde fines de los noventa del siglo pasado les han ganado una creciente presencia en el espacio político traducida en capacidad de movilización, incremento de votos y ocupación de instancias locales y nacionales de gobierno. En esta línea de investigación, los adjetivos “nuevo” o “contemporáneo” generalmente hacen referencia, por una parte, a la periodización: se trata de movimientos sociales o partidos políticos que surgieron o crecieron en importancia después de la caída del socialismo real y la derrota electoral del sandinismo en 1990. Por otra parte, dichos adjetivos remiten a rasgos programáticos y estratégicos que diferencian a los actores de las izquierdas latinoamericanas que dominaron el escenario político en los sesenta y setenta del siglo veinte. La izquierda vieja o histórica se caracterizaba por adherirse a determinadas certezas teóricas tales como la fe en el progreso y en la racionalidad de un proceso histórico que, a fin de cuentas, tendría un desenlace favorable a los oprimidos y propiciaría la reproducción de la idea de un solo sujeto histórico (la “clase obrera” o “el pueblo”) representado en un partido centralizado (de vanguardia o de masas) y el mantenimiento de una visión instrumental del Estado como herramienta que permitiría transformar a la sociedad desde el poder político.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> César A. Rodríguez Garavito y Patrick S. Barrett, “¿La utopía revivida? Introducción al estudio de la nueva izquierda latinoamericana”, en César A. Rodríguez Garavito et al., eds., *La nueva izquierda en América Latina: sus orígenes y trayectoria futuros*, Bogotá, Norma, 2005, pp. 17-65; *Nueva Sociedad*, núm. 217 (septiembre-octubre de 2008), número monográfico *Los colores de la izquierda*; Asociación Latinoamericana de Organizaciones de Promoción al Desarrollo A.C., *Las relaciones entre movimientos sociales, ONG y partidos políticos en América Latina. Informe sobre democracia y desarrollo: una mirada desde la sociedad civil*, Jundiaí, Brasil, Maxprint Editora e Gráfica Ltda, 2008.

Las nuevas izquierdas, en cambio, se caracterizan, en primer lugar, por una pluralidad y descentralización de estrategias de acción y formas organizativas en las que predominan “frentes amplios” de partidos y “coordinadoras” o “encuentros” de movimientos sociales, organizaciones civiles y organizaciones no gubernamentales. Esta diversificación organizativa se complementa con una fuerte crítica a las formas convencionales de hacer política percibidas como negociación entre élites partidistas y priorización de las formalidades institucionales por encima de resultados sustantivos. En segundo lugar, la diversificación de bases sociales se refleja en agendas políticas más amplias que dan cuenta no sólo de las demandas históricas de la izquierda en torno de la igualdad y la justicia social sino del derecho a la diferencia, la autonomía y la autogestión. En tercer lugar —y posiblemente sea éste uno de los cambios más significativos—, la idea misma de la revolución como transformación acelerada y violenta de las estructuras sociales y políticas ha sido abandonada (al menos en el discurso público y como estrategia inmediata) a favor de estrategias que por vías institucionales buscan la movilización extraparlamentaria, la reversión de políticas neoliberales de privatización y apertura económica y cambios graduales orientados a fortalecer la función del Estado en torno de mecanismos de redistribución de ingreso y formas más democráticas de planeación y gestión pública. En consecuencia, un rasgo compartido por la mayoría de las izquierdas contemporáneas es la toma de distancia de la lucha armada como vía de acceso al poder político y el compromiso con la profundización y ampliación de la democracia como vía para el fortalecimiento de la sociedad organizada ante el Estado. En términos concretos esto se refleja en propuestas y prácticas que combinan la democracia representativa con formas más o menos radicales de democracia participativa.

Dentro de esta visión panorámica sobre la situación de la izquierda en el continente resaltan los casos de Nicaragua y El Salvador por tratarse de izquierdas históricas que, no obstante la crisis de su paradigma de acción en la década de los noventa, lograron reposicionarse. En cuanto a las expresiones partidistas más relevantes, tanto el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) como el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) —surgidos de las organizaciones político-militares inspiradas en los ejemplos de Cuba y Vietnam—, después de finalizar la década de los conflictos armados, participaron desde distintas posiciones de fuerza en el diseño de los sistemas políticos posbélicos. Ambas organizaciones se

transformaron en fuertes partidos políticos que supieron consolidar sus bases electorales por medio de alianzas con distintos sectores sociales sin perder la adhesión de su militancia (el llamado “voto duro”) y, de esta manera, en las últimas elecciones presidenciales pasaron de principales partidos de oposición a partidos gobernantes.

El FSLN ganó las elecciones presidenciales por primera vez en 1984 con Daniel Ortega como candidato, en lo que fueron las primeras elecciones libres después de la dictadura de los Somoza. En el 2006 ganó por segunda ocasión, esta vez gracias a las negociaciones políticas, a un cambio constitucional que permitió disminuir el porcentaje de votos necesarios para ganar la presidencia en primera vuelta<sup>2</sup> y a las divisiones entre los candidatos liberales. La victoria de Daniel Ortega en el 2011 ha sido la más cuestionada porque su candidatura fue posible gracias a un fallo judicial que suspendió la prohibición constitucional a la reelección del presidente y se realizó en medio de fuertes acusaciones por parte de la oposición por las irregularidades que se presentaron antes y durante la jornada electoral.<sup>3</sup> En el caso del FMLN, en las elecciones presidenciales de 2009 éste pasó de ser el principal partido opositor (lugar que ocupó desde las elecciones de 1994) a partido gobernante. Esto fue posible gracias a la incorporación de nuevas bases electorales por medio de una alianza con el periodista independiente Mauricio Funes y su red de expertos y notables por sus trayectorias políticas, empresariales o culturales, conocidos como “Amigos de Mauricio”.

En cuanto al discurso programático, ambos partidos recuperan (y buscan monopolizar) la memoria de la lucha armada como un antecedente sin el cual la instauración de una democracia liberal representativa no hubiera sido posible, aunque al mismo tiempo el pasado guerrillero es representado como una historia cerrada, sin significado ni repercusión en las prácticas políticas actuales. En este sentido, ambos partidos mantienen también la reivindicación del socialismo y de la revolución como principios fundantes de sus identidades político-partidistas, aunque con sus respectivos matices

---

<sup>2</sup> Con esta reforma electoral se evita una segunda vuelta en las elecciones presidenciales si uno de los candidatos obtiene más de 35% de los votos y existe una diferencia de 5% entre el candidato que quedó en primer lugar y el que quedó en segundo. Cf. Ley núm. 331, artículo 2, disponible en DE: <<http://www.conexiones.com.ni/elecciones/downloads/16.pdf>>.

<sup>3</sup> Equipo Envío, “Nicaragua: reestreno con contradicciones adentro y afuera”, *Envío* (Nicaragua), núm. 358 (enero de 2012), en DE: <<http://www.envio.org.ni/articulo/4470>>. Consultada en febrero de 2012.

nacionales. Así, el discurso ideológico del FMLN parece más coherente (y tiene mayor continuidad) con los principios clásicos de la izquierda histórica,<sup>4</sup> lo cual se explica por su trayectoria institucional y el peso de los cuadros del Partido Comunista Salvadoreño (PCS) en el aparato burocrático. En cambio el discurso del FSLN hoy en día consiste en una amalgama de principios y valores provenientes del socialismo, cristianismo y misticismo sandinista y enfatiza elementos más combativos o más conciliatorios, de acuerdo con los momentos políticos y los intereses de la pareja presidencial formada por Daniel Ortega y Rosario Murillo. Esta situación ha llevado a diversos autores incluso a cuestionar si este FSLN controlado por Ortega y Murillo puede seguir siendo caracterizado como un partido de izquierda.<sup>5</sup>

Si bien en el plano del discurso ideológico de ambos partidos existen tales diferencias, en la praxis política los cuadros dirigentes han mostrado una flexibilidad y un pragmatismo político que contrasta con la combatividad y radicalidad del discurso con el cual interpellan a sus bases. A mi juicio esta habilidad *práctica* de la dirección partidista para reconocer y adaptarse a los cambios políticos<sup>6</sup> sin que el aparato burocrático pierda el control ni la adhesión de la militancia es la que explica, en ambos casos, la capacidad de los partidos de reproducirse como actores de peso en el campo político nacional.

En otras palabras, no hay duda que la década de los noventa del siglo pasado fue un periodo de crisis para las izquierdas nicaragüense y salvadoreña, que cada una enfrentó y resolvió por medio de estrategias diversas. Para entender cómo las organizaciones político-militares de los setenta y ochenta han modelado el paisaje político de la región centroamericana más allá del sistema político-institucional, los dos casos que analizo se prestan para estudiar las continuidades y rupturas entre

---

<sup>4</sup> Ralph Sprenkels, "Roberto d' Aubisson vs Schafik Handal: militancy, memory work and human rights", *European Review of Latin American and Caribbean Studies* (CEDLA, Universidad de Ámsterdam), núm. 91 (octubre de 2011), pp. 15-30.

<sup>5</sup> Este cuestionamiento se refleja, por ejemplo, en Karen Kampwirth, "Feminismo, anti-feminismo y la lucha del aborto terapéutico: la memoria y las consecuencias inesperadas de la revolución", en Salvador Martí i Puig y David Close, eds., *Nicaragua y el FSLN (1979-2009) ¿Qué queda de la revolución?*, Barcelona, Bellaterra, 2009, pp. 83-115; Henri Gooren, "Ortega for president: the religious rebirth of Sandinismo in Nicaragua", *European Review of Latin American and Caribbean Studies* (CEDLA, Universidad de Ámsterdam), núm. 89 (octubre de 2010), pp. 47-63; Gema Santamaría, "La revolución en rosa: Rosario Murillo, la primera dama que 'copreside' Nicaragua", *Foreign Affairs Latinoamérica* (CFR-ITAM), vol. 11, núm. 3 (2011), pp. 28-34.

<sup>6</sup> En el caso salvadoreño, esta idea ha sido trabajada por Irene Sánchez Ramos, *Tiempo político y movimientos armados: el FMLN en El Salvador, 1970-1992*, México, UNAM, 1996, tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos.

lo histórico y lo contemporáneo, lo viejo y lo nuevo, en los cambios organizativos y programáticos de las izquierdas centroamericanas.

Cabe señalar que la inserción exitosa de la izquierda salvadoreña y la nicaragüense en el sistema político de sus respectivos países no ha estado exenta de tensiones y conflictos: tanto el FSLN como el FMLN buscan proyectar la imagen de organizaciones centralizadas y unificadas, con militancias disciplinadas que se movilizan siempre que su dirección requiere de expresiones de apoyo masivo a sus políticas —especialmente en tiempos preelectorales. Sin embargo ése es un monolitismo aparente, como se evidenció en la historia de conflictos internos que no llevaron a la construcción de nuevos consensos organizativos y programáticos sino a la marginación, la expulsión o la salida (más o menos) voluntaria de las disidencias internas. En consecuencia, si bien en ambos países la izquierda social es mucho más amplia y diversa que la expresión partidista, ésta se define en gran medida por su relación con el partido. Edelberto Torres-Rivas describe esta condición o estado de ánimo de la siguiente manera:

existe un destacamento de gente de izquierda formado por decenas de miles de “ex” (también de “in”). Vienen de todas las organizaciones que hubo y hay; se salieron o los echaron pero todos los “ex” tienen en común dos características: están en las asociaciones de la sociedad civil, en ONGS, instituciones académicas, de derechos humanos, feministas, étnicas, sindicales, etc. Y todos se identifican a sí mismos como hombres o mujeres de izquierda. Dicho de otra manera, si son de izquierda están en organizaciones de la sociedad civil, aunque no todos los que están en éstas son de izquierda ni todos los que se creen de izquierda están en el asociacionismo. Aquí, lo importante es responder a la pregunta que los divide y hostiliza: ¿Quién es de izquierda? ¿Puede un “ex” ser de izquierda, como el que “es”? Esa pregunta es existencial y se responde respetando, en general, ese “estado-de-ánimo” de izquierda que ellos y otros tienen: es autorreferencial.<sup>7</sup>

La anterior descripción del estado de ánimo de la izquierda centroamericana da cuenta de manera polémica de cómo la relación con el pasado reciente de movilización revolucionaria y guerras civiles —los rencores y resentimientos, pero también las nostalgias— condiciona el comportamiento político y específicamente

---

<sup>7</sup> Edelberto Torres-Rivas, “Notas para una crítica de la razón revolucionaria”, en *id.* y Enrique Gómariz Moraga, *¿Qué significa ser de izquierda en el siglo XXI?*, Costa Rica, FLACSO, 2007 (*Cuaderno de Ciencias Sociales*, núm. 147), pp. 11-28, 13.

el vínculo con los dos grandes partidos que buscan monopolizar el recuerdo del pasado y las banderas de la izquierda. Por esta razón es interesante estudiar las transformaciones del activismo político de izquierda, tomando como unidad de análisis la trayectoria de militantes cuyas distintas posiciones (en organizaciones partidistas, sectoriales o movimientos) han moldeado sus prácticas políticas y simbólicas y que, a través de interacciones con sus pares participan en la conformación de un espacio supeditado al campo político. Estudiar la militancia política como una actividad en torno de la cual se va conformando un mundo social específico requiere de precisiones teórico-conceptuales.

### *La militancia como representación*

**H**ABLAR de militancia política implica tomar en cuenta distintas nociones de *participación*. En su significado más general, dicho término remite a la idea de “formar parte de algo” y hace referencia a aquellas prácticas que emplean individuos o grupos para ser tomados en cuenta y participar en procesos y decisiones que afectan su bienestar individual o colectivo. Para fines analíticos es posible distinguir diferentes formas de participación en el espacio público —por ejemplo, participación social, comunitaria, autogestionaria, política o ciudadana— en función de los objetivos y fines que se persiguen, si bien en la realidad social estas distintas formas tienden a entrelazarse.

Una forma específica de participación en el espacio público es el activismo político y social, entendido como un conjunto de actividades organizadas y conscientes dirigidas a la transformación de la sociedad cuya vía de expresión más importante ha sido la militancia en organizaciones partidistas y sectoriales, revolucionarias o reformistas. El significado del término *militancia* implica tomar en cuenta su carácter organizado y continuo en el tiempo, el fuerte compromiso personal y el sentimiento de pertenencia que produce así como su relación con la formación histórica del campo político moderno.

En décadas recientes sobre todo, las ideas en torno de la militancia —o los “estilos” según Carlos Sevilla Alonso—<sup>8</sup> han cambiado profundamente: hasta la década de los setenta del siglo

---

<sup>8</sup> Carlos Sevilla Alonso, “Militancia revolucionaria y vida cotidiana”, *Viento Sur* (Donostia, San Sebastián), núm. 108 (febrero de 2010), pp. 68-74.

pasado la noción de militancia en la cultura política de la izquierda estaba fuertemente influida por el ideal leninista del “revolucionario profesional”, como tribuno del pueblo que usaba cada oportunidad para denunciar los males del capitalismo y presentar sus ideales revolucionarios. En contraposición estaban las figuras del “burócrata”, es decir, el empleado asalariado de una organización política o social, y la del “afiliado” a un partido reformista que expresaba su lealtad a través del pago regular de su cuota y la asistencia a las actividades partidistas. Esta imagen se combinaba con el ideal del militante como “organizador” incansable que aprovechaba cada espacio y oportunidad para generar núcleos y dinámicas que permitirían canalizar las energías sociales en movilización y participación.

Un ejemplo muy ilustrativo sobre la figura del militante como alguien que siente una profunda satisfacción personal a partir de sus actividades para hacer crecer la organización concebida como el principal instrumento de lucha para la transformación social, se encuentra en el libro *Miguel Mármol: los sucesos de 1932 en El Salvador* del intelectual salvadoreño Roque Dalton.<sup>9</sup> El dirigente comunista Miguel Mármol describe cómo al encontrarse con otros correligionarios, sobrevivientes de la represión del levantamiento indígena-comunista de 1932,<sup>10</sup> forma una primera célula clandestina del Partido Comunista Salvadoreño:

Yo sentí que de nuevo corría sangre por mis venas y que se borraba la neblina de mis ojos, la que me había tenido tan alicaído en los últimos meses. La posibilidad de volver a organizar, a actuar, a luchar, fue como una inyección de vida en mis pobres huesos todavía doloridos hasta el alma.<sup>11</sup>

También se mezclaban otras imágenes que destacan los rasgos ascetas o místicos del militante revolucionario, expresión de un

---

<sup>9</sup> Roque Dalton, *Miguel Mármol: los sucesos de 1932 en El Salvador*, 3ª ed., El Salvador, UCA, 2000, pp. 288-289.

<sup>10</sup> En enero de 1932, en la zona oriental de El Salvador las tensiones entre comunidades campesinas, autoridades y finqueros ladinos en torno del problema de la tierra desembocaron en un levantamiento indígena que casi inmediatamente fue sometido por el ejército y la Guardia Nacional. Aproximadamente quince mil campesinos indígenas fueron masacrados en pocos días, hecho conocido como La Matanza y que junto con la persecución del Partido Comunista inauguraron uno de los regímenes militares más largos en América Latina, véase Patricia Alvarenga, *Cultura y ética de la violencia: El Salvador 1880-1932*, San José, EDUCA, 1996, pp. 323ss.

<sup>11</sup> Dalton, *Miguel Mármol* [n. 9], p. 289.

sentimiento de pertenencia a una “comunidad virtuosa”.<sup>12</sup> En la América Latina de los años sesenta y setenta, estas imágenes (contradictorias por cierto) de tribuno popular, organizador y místico se complementaban con otra representación: la del guerrillero que va disciplinando su cuerpo y su voluntad de sacrificio en la montaña.<sup>13</sup> En su testimonio *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* (1985), Omar Cabezas señala sobre su “formación” como militante del FSLN:

En alguna medida esto fue lo que ayudó a forjar en cada uno de nosotros el acero para derrocar a la dictadura. Se nos fue curtiendo la piel, la mirada, se nos fue curtiendo el paladar, se nos fue agudizando la vista, se nos fue perfeccionando la vista, se nos fue perfeccionando el olfato... los reflejos... nos movíamos como animales. El pensamiento se nos fue curtiendo [...] Así se fue forjando en nosotros un temple que nos hacía soportar el sufrimiento psíquico y físico, fuimos desarrollando una voluntad de granito frente al medio. La solidez de la Vanguardia del FSLN no es una palabra. El Frente Sandinista de Liberación Nacional fue desarrollando con su práctica tanto en la montaña, en la ciudad, como en el campo, un temple de hierro, de acero, un contingente de hombres con una solidez granítica entre ellos, una indestructibilidad del núcleo de hombres en lo moral, en lo psíquico, que fue capaz de mover a toda la sociedad contra la dictadura en diferentes etapas de su formación.<sup>14</sup>

En la actualidad esas representaciones radicales de la militancia parecen fuera de la realidad —junto con la idea misma de la revolución— o se mezclan con nuevas formas o estilos de militancia. En este contexto, Carlos Sevilla Alonso enumera tres: la militancia “posmoderna”, asociada al desarrollo de las nuevas tecnologías de comunicación (Internet), a la participación en organizaciones en red y al ciberactivismo y caracterizada por una circulación rápida y horizontal de la información, la toma de posición individualizada, pero también el carácter efímero del involucramiento personal y el

---

<sup>12</sup> Véase, por ejemplo, Klaus-Georg Riegel, “Kaderbiographien in marxistisch-leninistischen Virtuosenengemeinschaften”, *Leviathan. Berliner Zeitschrift für Sozialwissenschaft* (FU-Berlin/Humboldt Universität/Hertie School of Governance), núm. 22 (1994), pp. 17-46; François Dubet, “De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto”, *Estudios Sociológicos* (UNAM), vol. VII, núm. 21 (septiembre-diciembre de 1989), pp. 519-545.

<sup>13</sup> Véase Regis Debray, “¿Revolución en la revolución?”, en *id.*, *Ensayos sobre América Latina*, 2ª ed., México, Era, 1971, pp. 163-260.

<sup>14</sup> Omar Cabezas, *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, 4ª ed., Managua, Nueva Nicaragua, 1985, pp. 104-105.

*zapping* del compromiso social con distintas y múltiples “causas justas”. En el otro extremo se encuentra el “militantismo de secta”, entendido como la participación en los grupos políticos de la izquierda radical, que se autoproclaman revolucionarios y de vanguardia, pero que expresan más bien prácticas autorreferenciales que se agotan, de acuerdo con Sevilla Alonso, en “reuniones interminables y la actividad interna frenética”. Por último, este autor describe lo que él considera el estilo más apropiado de militancia revolucionaria en épocas “no-revolucionarias”: es la militancia “profana” —en contraposición al “fervor irracional del creyente” que caracteriza al sectario— pero “organizada y consciente” —a diferencia de la militancia efímera y cambiante del activista posmoderno. El estilo “profano” de la militancia revolucionaria reivindica la actividad política y social que busca la transformación radical de la sociedad, pero reconociendo que la militancia no puede ser absoluta, ni abarcar la totalidad de la vida cotidiana. En este sentido, Sevilla Alonso plantea otra representación cultural:

Los militantes tratamos de transformar en fuerza colectiva de las masas lo que sólo es potencial gigantesco [...] Hacemos todos un poco para que unos pocos no tengan que hacer todo. Reivindicamos la política como actividad del tiempo libre, del tiempo de ocio, opción de ocio alternativo *versus* el evasivo, frente al modelo profesionalizado y burocrático dominante en las organizaciones políticas y sociales de la izquierda institucional.<sup>15</sup>

A través de esas representaciones y relatos se fue construyendo un discurso e imaginario social sobre la militancia revolucionaria que incidió en normar comportamientos, establecer diferenciaciones entre lo que se considera en distintos momentos un “buen” o “mal” militante y a ningunear o disciplinar malestares y disidencias al interior de las organizaciones de la izquierda radical. Pero para construir una conceptualización de la militancia en El Salvador y Nicaragua que permita dar cuenta de la diversidad de identidades y prácticas, hay que relativizar esas imágenes y contrastarlas con las prácticas sociales y políticas de la actividad militante en distintos momentos históricos.

---

<sup>15</sup> Sevilla Alonso, “Militancia revolucionaria y vida cotidiana” [n. 8], p. 73.

### *La militancia como práctica social*

ESTUDIAR la militancia como una práctica social permite dar cuenta de la heterogeneidad de los movimientos revolucionarios, de la diversidad de identidades en su interior y de la combinación de prácticas de participación y representación. Implica insertar la noción de militancia revolucionaria en un enfoque temporal que permite concebir la participación en una organización político militar como un momento o *trayecto* en una carrera política más amplia y larga y no como única forma posible de militancia. Esta aproximación permite dar cuenta de que una trayectoria política consta, por lo general, de distintas formas e intensidades de activismo social y político;<sup>16</sup> también permite examinar las conexiones entre las bifurcaciones de una trayectoria política y otras dimensiones de la vida de un sujeto, como el ciclo biológico, la trayectoria educativa, laboral y la familiar, o estudiar la incorporación de competencias y habilidades al repertorio de acción individual que contribuyen a la conformación de un *habitus militante* característico de un momento histórico y una coyuntura dada.

Asimismo, estudiar esta práctica social relativiza la imagen del guerrillero: la participación como combatiente (rural o urbano) no era la única forma posible de militancia revolucionaria, incluso en el periodo de creciente influencia de las organizaciones político-militares y las guerras civiles en Centroamérica.<sup>17</sup> De hecho, lo característico de los movimientos revolucionarios en El Salvador y Nicaragua fue que en su desarrollo la conexión con un movimiento popular antigubernamental y multifacético desempeñó un papel crucial, cuyas organizaciones y redes de simpatizantes cumplieron distintas funciones para las organizaciones político-militares: espacios de socialización política, de reclutamiento y formación práctica de militantes, plataforma para difundir planteamientos programáticos y proyectar capacidad de movilización, así como red

---

<sup>16</sup> Incluyendo formas más distantes, como apoyo a una opción política en coyunturas electorales o formas asalariadas de militancia en un sindicato, una ONG o un partido político.

<sup>17</sup> Este periodo comprende de 1961 —año de fundación del FSLN— a 1996 —firma de los Acuerdos de Paz entre el gobierno guatemalteco y la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG). Pero el periodo de mayor influencia de las organizaciones guerrilleras en términos políticos y militares fue sin duda el comprendido entre 1977-1978 (crecimiento de la movilización popular y actividad guerrillera en Guatemala, Nicaragua, El Salvador) y 1992 (firma de los Acuerdos de Paz en El Salvador).

de sociabilidad y solidaridad que ayudaba a proteger a militantes que vivían en la semiclandestinidad.<sup>18</sup>

El estudio de la función de estos cruces en el surgimiento de las organizaciones político-militares en El Salvador y Nicaragua y el análisis de dieciséis entrevistas biográficas con activistas de la izquierda revolucionaria nicaragüense y salvadoreña —que habían combinado la militancia sindical o gremial con la militancia política— hizo posible identificar en ambos países al sector militante como subcampo del campo político pero con lógicas particulares de operación.<sup>19</sup> Así, en El Salvador de la década posible se impuso como práctica la “lucha por la hegemonía”; a través de periódicos, volantes, intervenciones en asambleas sindicales etc., los militantes de las organizaciones político-militares que en 1980 formarían el FMLN competían entre sí para definir cuál de ellas tenía mayor derecho para presentarse como vanguardia y vocera legítima del movimiento popular. En esta disputa entre organizaciones revolucionarias y organizaciones reformistas (sindicatos, el Partido Comunista, pero también la Iglesia católica y el Partido Demócrata Cristiano) emergió un espacio público no estatal cuya gran pluralidad y diversidad de voces se expresó en la crisis del régimen político salvadoreño en la segunda mitad de la década de 1970. La violencia de Estado de los primeros años de la guerra civil cerró este espacio contrahegemónico y la “militarización de la política” —noción que utilizo para describir cómo todas las estrategias de movilización social (de la guerrilla pero también del gobierno salvadoreño) empezaron a operar en función de los objetivos bélicos— contribuyó a que la organización militar y la representación diplomática del FMLN adquiriese una centralidad como vocera de la oposición política y social al régimen salvadoreño.

En el caso nicaragüense, la reconstrucción del campo y de las prácticas militantes en la década de 1970 permiten matizar

---

<sup>18</sup> Véase, para el caso salvadoreño, Kristina Pirker, *La redefinición de lo posible: militancia política y movilización social en El Salvador (1970-2004)*, México, UNAM, 2008, tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos.

<sup>19</sup> La información para la reconstrucción de los vínculos formales e informales entre organizaciones político-militares y organizaciones sindicales, así como las entrevistas personales con los actores, se recopiló en estancias de investigación realizadas en 2002, 2004 y 2012. El *corpus* del material biográfico consiste de un total de dieciséis entrevistas, ocho de las cuales fueron realizadas en El Salvador a ex militantes de las organizaciones político-militares de las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), y ocho en Nicaragua, a militantes de las organizaciones de masa sandinistas.

las lecturas (todavía) predominantes con respecto a la “espontaneidad” de la insurrección popular de 1978-1979 que llevó a la derrota de Somoza. Por ejemplo, a través de los relatos biográficos de cuadros sindicales sandinistas puede saberse que en los años previos al triunfo sandinista (a partir de 1975-1976), en conflictos laborales concretos, los activistas —por lo general trabajadores o empleados jóvenes paralelamente a la búsqueda de apoyo y la asesoría de las centrales sindicales legales como la Central de Trabajadores Nicaragüense (CTN) de inspiración socialcristiana—, podían estar también en contacto con los clandestinos Comités Obreros Revolucionarios del FSLN.<sup>20</sup> Después de la revolución, el Estado sandinista ofreció a estos activistas de origen obrero y popular —“foráneos” y principiantes en el trabajo sindical desde la perspectiva de las viejas dirigencias sindicales comunistas y socialcristianas— espacios de participación, de reconocimiento y de formación (a través de programas de educación realizados por el MED y las universidades), siempre y cuando respetaran la hegemonía del FSLN. Pero en la segunda mitad de los ochenta, en el contexto de la guerra contrarrevolucionaria y la crisis económica, la posición de “bisagra” que ocupaba ese cuadro sindical entre el Estado sandinista y los obreros, producía cada vez mayores desencuentros entre los propios trabajadores. Así por ejemplo, los relatos de los cuadros sindicales sandinistas sobre el periodo revolucionario de los ochenta hacen referencia a distintas situaciones que en el momento de la entrevista ellos interpretan como contradictorias, porque tenían que defender políticas salariales restrictivas y las limitaciones al derecho de huelga impuestas por el gobierno del FSLN, tanto ante empresarios privados como ante los trabajadores.<sup>21</sup> Las estrategias de los cuadros sindicalistas para

---

<sup>20</sup> El origen y funcionamiento de los Comités Obreros Revolucionarios (COR) en los años previos al triunfo revolucionario sigue siendo un tema poco explorado, pero para varios trabajadores que se incorporaron a la lucha revolucionaria entre 1978 y 1979, los militantes de los COR eran una referencia. Véase el artículo periodístico de Pablo E. Barreto Pérez, “‘COR’: embriones de la CST” (1999), en DE: <<http://pabloemiliobarreto.wordpress.com/2010/04/23/cor-embriones-de-la-cst/>>. Consultada en septiembre de 2012.

<sup>21</sup> En la segunda mitad de 1981, en respuesta a las actividades contrarrevolucionarias el gobierno nicaragüense promulga la Ley de Emergencia Económica y Social que establece la prohibición y penalización por la participación en huelgas. Además se prohíben las invasiones y tomas de tierras que contravienen la Ley de Reforma Agraria. En diciembre se suspende temporalmente el derecho a huelga en el Código de Trabajo. Paralelamente a la formulación de este cuerpo legal se pretendió institucionalizar la participación obrera facilitando la formación de sindicatos, sobre todo en el sector estatal de

enfrentar estas situaciones abarcaban desde el intento de explicar a los trabajadores y empleados las restricciones que la crisis económica y la guerra contrarrevolucionaria imponían a las políticas redistributivas, la satisfacción de demandas obreras prácticas —por ejemplo, la atención médica primaria en los centros de trabajo, la promoción de derechos de las mujeres trabajadoras para atender asuntos familiares en horas laborales, la provisión del equipo necesario para la realización del trabajo etc.—, hasta la participación en marchas de protesta en contra del gobierno sandinista para no socavar su representatividad como delegados sindicales.

Con estos ejemplos he querido mostrar cómo la noción de práctica militante permite visualizar, por una parte, la heterogeneidad de los movimientos y del espacio en el que se mueven, y las redes de sociabilidad. Las redes de sociabilidad desempeñan múltiples funciones: de socialización política, de reafirmación de credos y creencias políticas, así como un recurso que permite acceder a bienes materiales y simbólicos (desde reconocimiento hasta acceso a puestos laborales remunerados en organizaciones civiles, sindicales, partidistas o fuera del campo político). La inclusión de las dinámicas de las redes de sociabilidad como parte del análisis permite tomar en cuenta la dimensión social de la acción individual y sopesar cómo los cambios sociales o políticos influyen en el entorno del sujeto y lo impulsan a reformular estrategias de acción. En otras palabras, la incorporación de las redes de sociabilidad junto a la trayectoria individual permite ligar el devenir del sujeto con las transformaciones y coyunturas del campo político en el cual se desarrollan distintas formas de participación.

El análisis conjunto de la biografía de los militantes, de las transformaciones del campo y de las prácticas sociales se basa en la propuesta de Pierre Bourdieu, según la cual, a través de las prácticas específicas de un campo social se expresan lógicas y racionalidades particulares que dan cuenta de los bienes materiales y simbólicos en juego. Los agentes, insertados en relaciones de fuerza y conflictos, contribuyen por medio de sus prácticas, disputas y apuestas a la

---

la economía o Área Propiedad del Pueblo (APP). Por otra parte, también se introdujeron distintos tipos de reuniones periódicas —las Asambleas de Producción Permanentes— en las APP entre trabajadores, delegados sindicales y administradores pero que tendían a funcionar más como “correas de transmisión” para asegurar la productividad, véase Carlos M. Vilas, “El movimiento obrero en la revolución sandinista”, en *id.* y Richard Harris, comps., *La revolución en Nicaragua: liberación nacional, democracia popular y transformación económica*, México, Era, 1985, pp. 195-227, 214ss.

valoración de estos bienes y, por ende, a la reproducción de relaciones de poder y lógicas de acción que caracterizan a un campo social en particular, sea éste cultural, económico o político.<sup>22</sup>

Recurrir a conceptos como *campo político* o *campo militante* permite, pese a su grado de abstracción, apreciar y visualizar diferencias nacionales en las lógicas que dominan tales espacios de participación y movilización social. Cómo demuestran los ejemplos anteriores, la exclusión política de la izquierda en El Salvador propició, en el contexto de la amplia movilización social, que este campo militante se constituyera como un espacio contrahegemónico dominado por las fuerzas antigubernamentales, y alejado de la operación de las instituciones estatales. En cambio, el triunfo de la revolución sandinista permitió que activistas y militantes sandinistas de las organizaciones de masas pudieran ocupar un cargo dentro de la administración pública.<sup>23</sup> Entre los efectos prácticos de estos cambios de lugar estaba la naturalización del surgimiento de un vínculo corporativo entre las organizaciones sectoriales afines al proyecto hegemónico del FSLN y el Estado sandinista, expresado en el enunciado típico de los entrevistados acerca de la “buena” relación entre funcionarios públicos y representantes sindicales. En este sentido, el campo militante se fue transformando de un espacio contrahegemónico en un espacio que facilitaba, por medio de las afinidades ideológicas, las relaciones e interacciones entre militantes y activistas de organizaciones sociales con el aparato partidista del FSLN y funcionarios partidistas y gubernamentales.<sup>24</sup>

---

<sup>22</sup> Pierre Bourdieu, *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 1997, p. 148.

<sup>23</sup> Entre los entrevistados se encuentra un sindicalista de la Asociación Nacional de Educadores Nicaragüenses (ANDEN) que en 1980 pasó de realizar trabajo sindical a ocupar cargos como director en diversos centros educativos y como delegado regional del Ministerio de Educación. También se analiza el caso de un sindicalista de la Central Sandinista de Trabajadores (CST) quien en 1989 es nombrado director de la Oficina de Asuntos Sindicales dentro del Ministerio de Trabajo.

<sup>24</sup> La definición de *campo militante* se basa en un artículo sobre el capital militante y en un estudio sobre las bases organizadas en Argentina que destaca la emergencia de un espacio militante “kirchnerista” a partir de la alianza de Néstor Kirchner con movimientos sociales en contra del aparato del Partido Justicialista, en el contexto de estabilización económica, véanse Frédérique Matonti y Franck Poupeau, “Le capital militant: essai de définition”, *Le capital militant (1). Engagements improbables, apprentissages et techniques de lutte. Actes de la recherche en sciences sociales* (Centre de Sociologie Européenne du Collège de France), núm. 155 (diciembre de 2004), pp. 5-11; y Germán Pérez y Ana Natalucci, “La matriz movimientista de acción colectiva en Argentina: la experiencia del espacio militante kirchnerista”, *América Latina Hoy* (Universidad de Salamanca), núm. 54 (2010), pp. 97-112.

Pero también contribuyó a un desgaste del liderazgo expresado en los ciclos de protesta obrera que caracterizaron los últimos años del gobierno del FSLN antes de la derrota electoral de 1990.

*Reinserción civil y prácticas de participación ciudadana en El Salvador*

LA inserción de los grupos ex guerrilleros en los sistemas de partidos en la década de 1990 modificó de manera sustantiva las posiciones en el campo político de la posguerra y fue vivida por dirigentes y militantes de ambos institutos partidistas como una crisis. Para reconstruir las prácticas privilegiando el estudio de desplazamientos, reconversiones y estrategias de adaptación a las nuevas coyunturas utilizaremos el término *estrategias de reproducción y reconversión*, en tanto que para entender cómo surgieron nuevas formas de participación colectiva y de organización social, así como la noción de *capital militante*, haremos referencia a conocimientos, habilidades y acceso a redes sociales adquiridos por medio del activismo en una organización revolucionaria clandestina.<sup>25</sup>

Para mostrar las posibilidades que ofrecen estos conceptos en combinación con el análisis sociológico de biografías militantes me centraré en la presentación de las trayectorias de activistas salvadoreños que permiten ejemplificar la interacción entre estrategias individuales y transformaciones del campo político. Estas últimas obligaron a la militancia revolucionaria a redefinir tanto sus relaciones de pertenencia partidista como las lecturas del momento histórico, caracterizado por el fin de la Guerra Fría y la implementación de políticas neoliberales. Para perfilar las líneas de acción compararé las estrategias individuales empleadas por militantes campesinos y sindicales con las que enfrentaron un ambiente en el cual las formas de representación y participación política —basadas en principios ideológicos (ser de izquierda, revolucionario y contestatario) y desarrolladas en un contexto de restricción al ejercicio político— perdieron legitimidad y dejaron de funcionar.

---

<sup>25</sup> Por estrategias de reconversión social se entiende el “conjunto de prácticas fenomenalmente diferentes, por medio de las cuales los individuos y las familias tienden de manera consciente o inconsciente a conservar o a aumentar su patrimonio, y correlativamente, a mantener o mejorar su posición en la estructura de las relaciones de clase”, Pierre Bourdieu, *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*, México, Taurus, 2002, p. 122.

Una primera línea de acción identificada fue la profesionalización y la tecnificación del activismo en diversos espacios sociales, muchas veces posibilitada por redes sociales y contactos, contruidos en el contexto de la guerra. Antiguos dirigentes y activistas de organizaciones populares pudieron insertarse al mundo social de la política profesional como políticos locales o —más frecuentemente— asesores de los gobiernos municipales del FMLN o de la bancada legislativa del FMLN. Otra posibilidad de reinserción política, dentro de esta misma línea de acción, fue el ingreso a alguna organización no gubernamental (ONG). También en estos casos las competencias y recursos adquiridos durante la militancia en la época de la guerra —por ejemplo, acceso a redes nacionales e internacionales de apoyo, la habilidad de hablar en público y al mismo tiempo el conocimiento práctico del mundo popular salvadoreño—, convirtieron a estos militantes en representantes idóneos —desde la perspectiva de la cooperación internacional— de los grupos vulnerables que había que atender (mujeres, indígenas etc.). Dicha inserción se facilitó gracias a la llegada de recursos de la comunidad internacional para la reconstrucción de El Salvador después de la guerra así como su integración en las redes transnacionales de movimientos sociales, como el de las mujeres.

Este itinerario lo ejemplifica *Sandra*, actualmente cuadro técnico de una ONG, quien se incorporó en 1976 a un sindicato de empresa y, en el contexto de una lucha sindical, fue reclutada para participar en un colectivo del grupo guerrillero Resistencia Nacional. Los desplazamientos que según ella fueron significativos para su trayectoria política [son] la llegada a San Salvador en 1970, su ingreso al sector formal y la sindicalización como trabajadora textil entre 1975 y 1977 y los años de crisis, 1989-1994, marcados por la prisión, la pérdida de trabajo y la salida del sindicato Fenestras, debido a conflictos sobre las políticas de género de Fenestras. En este contexto inicia su reconversión en asesora de proyectos para mujeres y se da su salida del FMLN, como consecuencia de los conflictos internos del Fmln. Si bien regresa al FMLN en 1996 en el ámbito municipal, su participación es mucho menor que en el periodo de la guerra y la inmediata posguerra.<sup>26</sup>

Una segunda estrategia, adoptada generalmente por dirigentes sindicales y campesinos, fue el regreso a prácticas gremiales de

---

<sup>26</sup> Caso reconstruido a partir de la entrevista biográfica. Archivo personal de la autora. Por razones de confidencialidad todos los nombres de las personas entrevistadas son ficticios.

defensa de los intereses de los afiliados. Esta estrategia se cristalizó a partir de acciones que emplearon los sindicalistas para conservar una posición como representantes y voceros de intereses colectivos, como por ejemplo la resistencia a las políticas gubernamentales de privatización apostando a la confrontación directa (reproduciendo formas contestatarias de lucha sindical). Dadas las correlaciones de fuerza, tales estrategias no impidieron la derrota sindical, como las privatizaciones de empresas estatales y servicios públicos llevadas a cabo por los gobiernos de Alianza Republicana Nacionalista (Arena) en los noventa y el sistema de pensiones. La interpretación de estas derrotas llevó a otros dirigentes sindicales a buscar como referencia experiencias sindicales de otros países (muchas veces adquiridas directamente en el exilio europeo en Holanda, Escandinavia o Alemania) en su intento por emplear estrategias más pragmáticas y técnicas en las negociaciones con la patronal, como fue el caso del sindicato de electricistas Asociación de Trabajadores de CEL (ATCEL) en el proceso de privatización de la compañía de electricidad. Pero esa estrategia —que en algunos casos ha sido exitosa— también implicó tomar distancia de luchas sociales consideradas ajenas a los intereses de las propias bases, defender la autonomía sindical y distanciarse de la actividad partidaria.

Un ejemplo para este itinerario es el caso de *Horacio*, dirigente sindical desde 1973 y uno de los fundadores del Frente de Masas FAPU, hoy fundador y asesor de una ONG dedicada al estudio de asuntos laborales. Su activismo inicia entre 1973 y 75 en una empresa pública para impulsar la formación de un sindicato. Las bifurcaciones más relevantes fueron, en 1960, el ingreso laboral en la empresa pública hidroeléctrica y el traslado a San Salvador por motivos laborales entre 1968 y 1970, condición para sus primeros contactos políticos con organizaciones clandestinas. En 1980 su esposa e hija menor son desaparecidas y asesinadas, él mismo es detenido. En 1984 es liberado y sale al exilio en Holanda, donde se convierte en asesor y promotor de RN y del movimiento sindical anti-gubernamental en el extranjero. En 1990 sale de RN y de Fenastras por conflictos internos, ingresa nuevamente en la empresa para refundar el sindicato, prohibido durante la guerra. Paralelamente funda con otros militantes una ONG, dedicada a estudiar la situación laboral en El Salvador. Después de conflictos con la dirección sindical, Horacio se retira y, desde entonces, trabaja primordialmente en la ONG.<sup>27</sup>

---

<sup>27</sup> *Ibid.*

Otro segmento sindical optó por combinar la defensa de los intereses de los agremiados con luchas más amplias por la realización de derechos económicos y sociales. Un caso emblemático en El Salvador, que además inauguró la fase de recomposición del movimiento popular, fue el de los médicos y trabajadores de la salud que entre 2001 y 2003 combinaron la lucha por mantener sus prestaciones con una estrategia bastante exitosa de involucrar a la población en la lucha por el derecho a la salud y en contra de la privatización de ese sector. Adicionalmente buscaron el apoyo del FMLN a sus demandas como una estrategia para fortalecerlas y llevarlas a la arena política de las instituciones representativas y para obtener mayor visibilidad. Esto demuestra que mezclar la militancia partidista y el activismo gremial son prácticas que no han desaparecido sino que se combinan con el nuevo pragmatismo y el uso de conocimientos técnicos.

La “lista” no estaría completa si no incluyéramos una tercera estrategia que fue decisiva para entender los procesos de institucionalización de aparatos facilitada por la desmovilización social. El abandono de formas directas y activas de participación social fue la respuesta más frecuente a los cambios políticos de la posguerra. Las razones son diversas: desencanto por los resultados de la pacificación y los conflictos en la izquierda, el *shock* provocado por la inesperada derrota electoral del sandinismo en Nicaragua, la necesidad de “ganarse el pan”, querer dedicarse a la familia y el desgaste individual después de una década de movilización intensa y en circunstancias adversas.

Que este distanciamiento no tenía que ser dramático ni traumático lo demuestra la trayectoria de *Daniela*, activista estudiantil durante la guerra y activista sindical del magisterio. Su caso es típico para los y las militantes que entraban a las organizaciones político-militares después del auge del terrorismo de Estado en El Salvador (1980-82), cuando los movimientos sociales en San Salvador empezaron poco a poco a reorganizarse. Ella ingresó al activismo estudiantil y la militancia en Resistencia Nacional en 1983-84, participando en las preparaciones para la ofensiva de 1989. Entre 1992 y 1994 ella se distancia del activismo para dedicarse más a la familia, reiniciar los estudios e insertarse en el mundo laboral como maestra. Sin embargo no pierde el vínculo con el FMLN, apoya en las campañas y jornadas electorales como militante de base, pero su activismo se centra en el trabajo gremial, como secretaria de mujeres, en un sindicato de maestros.<sup>28</sup>

---

<sup>28</sup> *Ibid.*

El análisis de las trayectorias —vinculado a la reconstrucción histórica del campo político de la izquierda— permitió identificar dos aspectos importantes para la definición de una nueva agenda de investigación sobre las transformaciones del activismo en décadas recientes: en primer lugar, el reconocimiento de la importancia de los recursos y competencias adquiridas durante la militancia —lo que denomino capital militante— para la trayectoria individual de los entrevistados. Tener iniciativa propia para organizar a la gente y formular propuestas, la habilidad de hablar en una asamblea en nombre de un grupo o la capacidad de negociar con agentes externos en representación del grupo son competencias escasas en el mundo popular porque requieren de práctica, conocimiento técnico y capital social que se forma a partir de ejercer funciones de intermediario entre comunidades específicas y agentes externos. En consecuencia, me atrevería a decir que para un segmento muy reducido (pero existente) de activistas salvadoreños y nicaragüenses, la militancia revolucionaria operó como un catalizador de potencialidades que permitió a algunos incluso un cierto ascenso social (como en el caso de Sandra, de trabajadora textil a cuadro técnico de una ONG de desarrollo). La especialización y tecnificación en ciertas temáticas (mujeres, desmovilizados, desarrollo local), posibilitadas por las competencias adquiridas antes y durante el conflicto, permitió a algunos la incorporación al mundo de la sociedad civil organizada y profesionalizada (ONG y fundaciones) donde coexisten, de manera conflictiva, formas y prácticas de participación y representación, surgidas antes y durante la guerra civil, con nuevas demandas, intereses sociales y grupos representados.

En segundo lugar, fue posible constatar empíricamente procesos por medio de los cuales el compromiso ético y político, que durante la guerra había sido establecido con la causa revolucionaria, se transfirió a la representación de grupos sociales específicos como, por ejemplo, las mujeres o los trabajadores de una rama o empresa. Esto puede interpretarse como una nueva lógica en las prácticas de representación que reemplaza, como principio para acceder al campo político, el *imperativo ideológico* —ser revolucionario de izquierda etc.— por un *imperativo técnico*, más neutral y que reconoce la importancia del conocimiento específico (la llamada *expertice*) para participar en los debates sobre la política pública y el Estado.

El imperativo técnico amenaza con convertirse en una nueva justificación para excluir demandas colectivas y actores sociales

(los que “no saben”, los que basan su acción solamente en la denuncia etc.), pero también apunta a la disposición de un grupo social que utiliza dicho imperativo para continuar con la defensa de sectores vulnerables y participar en el campo político como sujetos que no permiten que su actividad política sea limitada a la participación electoral instrumental. Por estas razones considero que el significado y el alcance de la *participación ciudadana* es un campo en disputa. Desde la década de 1990 dicho término se usa cada vez más para referirse a formas de participación técnica y desideologizada en el espacio público que buscan establecer vínculos entre Estado e individuos sin mediaciones de partidos o sindicatos.<sup>29</sup>

Si bien en la teoría democrática liberal el concepto *participación ciudadana* hace alusión a la relación que establece el individuo con el aparato estatal para hacer valer intereses sociales particulares y plantea como tema la ampliación de la democracia representativa con mecanismos participativos y de rendición de cuentas, la incursión de ex militantes de izquierda en los espacios donde se disputa la representación de los grupos excluidos (foros, consultas, consejos ciudadanos etc.) ha modificado por medio de la práctica el sentido original de la palabra hasta incluir en ella la movilización social y la protesta callejera para “hacerse escuchar” en el espacio público —“participación ciudadana no institucionalizada”— y legitimar la lucha por derechos universales (como la educación, la salud o el medio ambiente).<sup>30</sup>

### *A modo de conclusión*

**REGRESANDO** al punto de partida de mis reflexiones en este artículo, cabe preguntar ¿cómo estudiar, entonces, las prácticas de participación política a partir de un enfoque que busca entender sus transformaciones privilegiando el estudio de desplazamientos, reconversiones y estrategias de adaptación a las nuevas coyunturas, por encima de las tajantes rupturas entre lo viejo y lo nuevo?

---

<sup>29</sup> Una síntesis de los debates puede encontrarse en Alberto J. Olvera, “Los discursos de la participación y de la rendición de cuentas en el contexto internacional de finales del siglo XX”, en Ernesto Isonza Vera y Alberto J. Olvera, coords., *Democratización, rendición de cuentas y sociedad civil: participación ciudadana y control social*, México, CIESAS/Universidad Veracruzana/Porrúa, 2006, pp. 371-385.

<sup>30</sup> Maricel Rodríguez Blanco, “Participación ciudadana no institucionalizada, protesta y democracia en Argentina”, *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* (FLACSO, Ecuador), núm. 40 (mayo de 2011), pp. 89-103.

El material empírico en el que se fundamentan estas reflexiones sobre las izquierdas salvadoreña y nicaragüense —tanto la reconstrucción analítica del campo político como la sistematización de trayectorias políticas— hace referencia al periodo en el cual tanto el FMLN como el FSLN eran partidos de oposición. Pero ¿de qué manera estos hallazgos sirven para pensar hipótesis de trabajo que permiten comprender las dinámicas de la militancia política y la relación entre izquierda partidista e izquierda social, bajo un gobierno de izquierda? En primer lugar, la tecnificación de las formas de participación —como paradigma que condiciona el acceso o la exclusión al campo político— contribuyó a la constitución de un pragmatismo en ciertos sectores de la izquierda que permitió trabajar en temas puntuales con los gobiernos neoliberales. Pero además hizo emerger nuevas prácticas de participación cuyo referente principal era la gestión pública en sus distintas ramas, dimensiones y niveles de gobierno. La noción de *participación ciudadana* como concepto heurístico permite dar cuenta de los efectos prácticos de la existencia de estos espacios, algunos más institucionalizados que otros, para las transformaciones de la militancia ya que en ellos interactúan representantes de instancias públicas e individuos y colectivos interesados en hacer valer intereses sociales. El paso de la militancia revolucionaria a la participación ciudadana implicó también una conversión sustantiva de los actores porque, a diferencia de los años setenta y ochenta, cuando el Estado autoritario era concebido como amenaza y adversario que había que enfrentar por todos los medios, las prácticas en boga se caracterizan por buscar el reconocimiento y la colaboración con el Estado posautoritario. Y posiblemente esto sea una de las transformaciones más profundas a tomar en cuenta para interpretar adecuadamente el significado y el alcance de los cambios en las prácticas de participación y representación en las izquierdas centroamericanas.

Considero —a modo de hipótesis— que sobre estas prácticas más técnicas y pragmáticas se asientan varios de los desplazamientos discursivos y cambios organizativos que pueden observarse en los partidos de izquierda después de su acceso (o retorno) al gobierno en los últimos años. En el caso del actual gobierno nicaragüense sobre todo (y en menor medida en el caso del FMLN en El Salvador), es posible ver cómo en nombre de la participación y del poder ciudadano las estructuras partidistas han sufrido una suerte de “ahuecamiento” y “disolución” en las estructuras estatales (como sucede con los Consejos de Poder Ciudadano), lo cual

debería alertar sobre el potencial peligro de que tales banderas democratizadoras e incluyentes se transformen en nuevos principios de exclusión política, aunque a primera vista parezcan menos ideológicos o político-partidistas que otros.

ANEXO  
Entrevistados en El Salvador

<b>Nombre*</b>	<b>Organización en la que participa antes de 1992</b>	<b>Organización en la que participa después de 1992</b>
María	Asociación de Trabajadores del Ministerio de Educación y Cultura (Atramec); Federación Nacional Sindical de Trabajadores Sindicales (Fenastras)	Abandona la actividad política
Horacio	Sindicato de Trabajadores de la Compañía CEL; Fenastras	ONG de asuntos laborales
Celso	Atramec; Unión Nacional de Trabajadores Salvadoreños	Atramec
Ana	Fenastras	ONG de desarrollo local
Manuel	Confederación de Federaciones de la Reforma Agraria Salvadoreña (Confras)	Confras
Marta	No participa en activismo sindical	Confras
Adriana	Movimiento de desplazados y repobladores	ONG de mujeres
Daniela	Asociación Nacional de Educadores de El Salvador (ANDES) 21 de Junio	Bases magisteriales

## Entrevistados en Nicaragua

<b>Nombre*</b>	<b>Organización en la que participa antes de 1990</b>	<b>Organización en la que participa después de 1990</b>
Tania	Unión Nacional de Empleados (UNE); Profesional del FSLN	Organización no gubernamental (ONG) de mujeres
Jonathan	Asociación Nacional de Educadores Nicaragüenses (ANDEN); funcionario del Ministerio de Educación	Abandona la actividad política; empleo en Universidad privada
Edgar	UNE	UNE; después abandona la actividad sindical, trabaja como abogado
Martín	ANDEN	ONG
Edwin	Central Sandinista de Trabajadores (CST), estructura federal	Asesoría laboral en la Central Sindical de Trabajadores “José Benito Escobar” (CST-JBE)
Jessica	CST; Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luis Amanda Espinoza (AMNLAE)	ONG de mujeres
Lucía	Trabajadora Área Propiedad del Pueblo (APP), Asociación de Trabajadores del Campo (ATC)	Socia de la cooperativa Asociación de Trabajadores del Campo (ATC); estructuras nacionales
Raquel	Trabajadora APP, ATC	Socia de la cooperativa ATC

Fuente: elaboración propia.

\* Nombres ficticios

RESUMEN

Este artículo presenta una propuesta conceptual para analizar la repercusión de los movimientos revolucionarios de los setenta y ochenta en las prácticas de participación política y representación en Nicaragua y El Salvador. A partir del cuestionamiento del valor analítico de conceptos como “vieja” y “nueva” izquierda se estudian sus transformaciones y conflictos en el ámbito centroamericano posterior a 1990. Asimismo se propone repensar el concepto *militancia* como conjunto de prácticas sociales que construye un espacio propio en el que se articulan dinámicas del campo político con mundos sociales como el barrio, el trabajo o la Universidad, y que permiten a los actores apropiarse de nuevas habilidades que la autora define como *capital militante*. El artículo finaliza señalando las posibilidades que ofrece esta perspectiva para analizar la emergencia de nuevas formas de participación ciudadana en la región.

*Palabras clave:* movimientos revolucionarios América Central, militancia política, Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, Frente Sandinista de Liberación Nacional, trayectorias políticas.

ABSTRACT

In this article, the author presents a conceptual proposal to analyze the repercussions of the revolutionary movements of the 1970s and 1980s on political participation and representation practices in Nicaragua and El Salvador. By questioning the analytical value of concepts such as the “old” left and the “new” left, the author studies their transformations and conflicts in the post-1990 Central-American environment. At the same time, the author proposes reconsidering the concept of *militancy* as a set of social practices that constructs its own space, in which political dynamics become articulated with social worlds such as the neighborhood, the workplace or the university, which allow the actors to adopt new abilities, defined by the author as *militant capital*. The article closes by pointing out the possibilities that this perspective offers for the analysis of the emergence of new forms of civil participation in the region.

*Key words:* revolutionary movements Central America, political militancy, Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, Frente Sandinista de Liberación Nacional, political trajectories.